

Citar: Apellidos, N. (2014) "Título", en: García Sansano J.; González García, E.; Lago Morales, I. y Rubio Sánchez, R. (Coords.) *Tiempos oscuros, décadas sin nombres*. Toledo: ACMS, pp.

DE UN FILM, UNA NOVELA Y EL PROGRAMA IDEOLÓGICO DEL ANARCO CAPITALISMO:

AYN RAND Y «EL MANANTIAL»

Pedro García Bilbao

Cecilia Zanetti

Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

Ayn Rand escribió la novela que sirvió de base para el guión de *El manantial* (*The Fountainhead*, King Vidor, 1949). Los autores del hecho, los que han escogido el tema, la escritora, la novela, el soporte para difundirla, el director y los actores —es una producción de primer nivel— buscan un efecto y para ello escogieron la comunicación de masas y el cine para lograrlo. En esta ponencia se analiza el contenido y alcance de la obra a la que el film sirve como vector.

Palabras clave

Comunicación de masas, cine, liberalismo, Ayn Rand, fascismo, anarco capitalismo, an.cap, sociología política, guerra fría, propaganda, neoliberalismo, individualismo

Introducción

I. — Ayn Rand escribió la novela que sirvió de base para el guión de *El manantial* (*The Fountainhead*, King Vidor, 1949), un espeluznante film de Hollywood que nos coge por sorpresa; pues —prejuiciosamente— no esperamos que en los EE.UU que acaban de derrotar al nazismo y en los que el New Deal ha salvado al país con su defensa del bien común y la solidaridad, un film lanzado desde la gran industria de Hollywood, esconda una carga ideológica tan particular como la que en él se desarrolla; se nos coge con la guardia baja y un mensaje ideológico pétreo y radical nos alcanza de lleno. Los autores del hecho, los que han escogido el tema, la escritora, la novela, el soporte para difundirla, el director y los actores —es una producción de primer nivel—

buscan un efecto y para ello han escogido la comunicación de masas y el cine para lograrlo.

En *El manantial* Se cuenta la historia de un arquitecto orgulloso de su obra y su conflicto por el dominio y el derecho sobre sus diseños y proyectos; las empresas con las que trabaja quieren transformar el proyecto inicial y él se resiste. La historia deriva rápidamente a zonas insospechadas, donde la personalidad egocéntrica, sin asomo alguno de empatía, sociopática, del protagonista se nos muestra como modelo del héroe.

No es de extrañar el apoyo que recibió Rand en ciertos medios de la industria norteamericana con esta obra y otras, pues su trabajo era literalmente munición al servicio de la oligarquía económica y financiera enfrascada en un combate cultural con el New Deal de Roosevelt, y obras como las de Rand no eran precisamente burdas, sino que incluso podían pasar por «profundamente americanas», enmascaramiento particularmente explícito en el alegato final del film. La película es de 1949, ya se ha comenzado a destruir la influencia de Roosevelt y la guerra fría es una realidad, pero los autores saben que es un combate total y en el que no se pueden hacer prisioneros ni ceder hasta la destrucción total, la carga ideológica del film es brutal e inmisericorde y no busca tanto derribar la ideas democráticas y solidarias del New Deal, o el posibilismo keynesiano como prevenir el futuro y dar la batalla pensando en él. La novela original se ve así extendida y publicitada hacia las masas y en los años posteriores conocerá reediciones y traducciones a decenas de idiomas, se le aplica el mismo tratamiento que a George Orwell y sus emblemáticas obras «1984» y «Animal Farm».

El desprecio por los trabajadores de la construcción que convirtieron el proyecto en realidad —son ignorados— es casi «olímpico», sólo surge el duelo entre el genio personal que prefiere destruir su obra antes que verla transformada y el poder del dueño de la empresa que desea adaptarla sin preguntar al autor. Pero lo que podría ser una denuncia de la alienación del trabajador por la empresa capitalista, se convierte en otra cosa: no es el trabajo, es el «genio» personal, no es la alienación, sino la intromisión en la esfera del creador individual, no es la empresa, es el estado, pues en realidad se emplea a la empresa pero a quien se critica es al estado. El arquitecto hace estallar una bomba para arruinar la construcción y muere un trabajador. Su juicio se convierte en una apología de la libertad creadora, individual, de la «visión» del superhombre y su

supuesto derecho a destruir su obra si le viene en gana a costa de lo que sea. No hay ni un sentimiento de solidaridad hacia la víctima, ni una referencia a que si la obra existe físicamente se debe al trabajo, la empresa coacciona al superhombre gracias al poder del estado y quien recibe la crítica es el estado, no la empresa, pues la empresa en cuestión es creación de otro superhombre —por encima de los «perdedores» simples mortales— y la cuestión deriva hacia un enfrentamiento entre individualidades. El estado de derecho, con sus leyes, abogados, tribunales y con constituciones que consagran por escrito derechos e igualdad— es el enemigo, sofoca el resultado «natural» del choque de personalidades «superiores», al poner la capacidad de coacción al servicio del más débil, la gente sencilla a la que se le reconoce la condición de ciudadanos.

La lograda puesta en escena que lleva a cabo King Vidor demuestra que la productora (la industria y el poder del dinero conscientes de su influencia cultural) apostó fuerte. Cuenta con medios, con tiempo, es un film largo y complejo para las masas por su gran carga discursiva. ¿Cómo es posible que la industria cinematográfica apoyase algo así? Debe saberse que la propia Ayn Rand dispuso del control total del guión para que fuese ella quien personalmente pudiera controlar el resultado final; algo inaudito en la época. La respuesta es clara, el film es un apuesta política, la industria tiene su propia agenda y sus valores y la obra de Rand ha sido seleccionada. Durante los años de la guerra mundial hubo que filmar historias que hablaban del peligro nazi en América, no faltaron las denuncias de los poderosos caídos en la tentación nazi, del discurso elitista como enemigo de América; fue el Hollywood comprometido socialmente y con el antifascismo, auspiciado por Roosevelt y justificado por la guerra. Tras la muerte de Roosevelt, las cosas vuelven a su cauce. Vidor va a hacer una obra militante. No es «realismo socialista» precisamente, es «idealismo capitalista extremo», pues lo de realismo no es adjetivo que le cuadre. Es una obra obscena, saca a la luz lo que está oculto y no debe mostrarse, defiende la dominación, el ego, el individualismo, el desprecio por los débiles, el asco físico por la cobardía de los inferiores que han de unirse en contubernios abominables como el estado o la ley para poder vencer. Es obscena como obscena fue la propaganda y el discurso nazi.

En el film el arquitecto superhombre, lo es integral. Es además de un ego superior, un macho superior, un macho alfa, capaz de subyugar a las mujeres con su sola

presencia, solamente la insidia, la debilidad femenina o la acción del dinero de los inferiores puede causarle problemas para mantener en sus brazos a la hembra elegida; una vez más la nociva influencia de lo social corrompido por construcciones antinaturales como el estado, la ley, la costumbre, el dinero, impiden que lo naturalmente predispuesto ocurra, de ahí el componente «anarco», lo que combinado con el componente darwinista nos ofrece el resultado nazi-liberal. El arquitecto, Howard Roark, interpretado nada menos que por Gary Cooper, es el particular «hombre de mármol», el súper-hombre del film; el juego erótico subliminal alcanza cotas pocas veces logradas, la fascinación ejercida por su personalidad dominante no basta, Roark luce torso y camiseta repleta de vigor masculino mientras se entrega a penetrar rocas con la fuerza imparable de su potente mazo, mientras la dulce Dominique, Patricia Neal, le observa alterada íntimamente ante tan turbadora visión y nerviosa agita la fusta de su caballo. Los encuentros y desencuentros amorosos se deberán a intromisiones externas que no se producirían si el orden natural no estuviera alterado.

El manantial es una obra compleja, muy personal, con una carga ideológica desmedida, en la que de forma explícita se aboga por el orgullo, el individualismo, el desprecio a los débiles, el odio al papel del estado en la defensa de los débiles que son además «inferiores». El título hace referencia al caudal de energía vital inagotable que hace posible el triunfo de los que son superiores por naturaleza, el manantial de voluntad que fluye imparable del ego del superhombre. Es un film para el que tenemos que acuñar algunos conceptos: es nazi, pero no solamente, es aristocratizante, pero no solamente, es liberal, pero no solamente, es minarquista, pero no solamente; es todas esas cosas. La dificultad para calificar el pensamiento de Ayn Rand se encuentra aquí muy bien ejemplificada. Si tomamos el nazismo y lo despojamos de su parte de colectivismo racial y de su hojarasca antiplutocrática —que es el concepto usado por el nazismo—, podríamos calificar al liberalismo de Rand como nazi. En realidad una sociedad minarquista —con el estado mínimo— y con los valores de egoísmo creativo e individualismo extremo de Ayn Rand sería una sociedad de castas, donde los sujetos se agruparían de forma no ya «natural», sino animal, en grupos definidos por sus caracteres físicos y voluntad; esta estructuración social fruto de la supuesta diferencia genética —no cultural—, individual, donde hay seres superiores individualmente cuyas voluntades —el manantial— se imponen a los otros de forma natural, es una sociedad

de castas. ¿Porque son enemigos del estado? Porque el estado puede convertirse en defensor de los débiles y de la razón objetiva del derecho en defensa del bien común, es decir, no se trata de tener el estado a su servicio sino de reducirlo a la mínima expresión para que nunca pueda suponer un riesgo para el ejercicio de la dominación «natural» de los «superiores». ¿Cómo se organizaría en la práctica una sociedad hipotética basada en esos prejuicios y temores? Mediante un sistema de castas.

Los nazis escogieron la svástica indoeuropea por razón del modelo de castas que regía en el viejo mundo indoario. Una sociedad sin estado, dominada por un sistema de castas donde los dominadores lo son de forma natural, por la fuerza de su voluntad, de su ser superior, sin estados decadentes que obliguen a los superiores a someterse al dictado de los débiles, pues si el estado surge de la dominación natural, ya no es estado sino solamente el orden cósmico. Esta concepción es puramente nazi, y es un punto de encuentro con supuestos defensores de la «libertad individual» liberales como Ayn Rand.

La autora de *El manantial* os recuerda a Ernst Jünger y su obra de entreguerras — *En los acantilados de mármol*, y otras— en los que este autor alemán refleja su visión aristocratizante, su desprecio por las masas amorfas, su idealización del héroe tradicional encumbrado de forma natural por los atributos personales y que le hacen merecedor de derechos exclusivos, los privilegios del héroe. Si Jünger es antinazi (formó parte de la resistencia de los oficiales prusianos a Hitler), no se debe a sus valores democráticos, sino más bien a lo contrario. Jünger desprecia a Hitler y al nazismo por puro clasismo, por su origen de clase. Los héroes tradicionales se ven amenazados por la jauría rabiosa de las SA y las SS que con su locura ciega arruinan el edificio tradicional del poder. Jünger fue pretendido por el NSDAP, —su obra *Tempestades de acero*, fue casi un libro de culto para una generación de alemanes humillados por Versalles—, el III Reich le quiso entre los suyos, pero si se resistió fue por desprecio de clase, no por repugnancia a los aspectos constitutivos del nazismo. Ayn Rand, desde su personal contexto cultural y social, el de una mujer rusa, exiliada en Estados Unidos, profundamente anticomunista, que desarrolla un credo personal basado en la afirmación sin límites del ego y en un desprecio profundo de cualquier intromisión ajena en su mundo personal, es una versión «liberal» del aristocratismo prusiano de

Jünger.

Si bien el nazismo construye su visión e torno a una idea de «colectivismo racial» en el que los individuos se diluyen —todos los individuos— lo que es algo incompatible en principio con el individualismo extremo de los an.cap como Ayn Rand, el concepto de superhombre, de sujeto que por razón de una superioridad innata se encuentra por encima de la masa es algo que en el sistema de Rand tiene perfecta cabida. A diferencia de Jünger que se reconoce en el aristocratismo prusiano, Rand, de origen plebeyo —en el esquema tradicional— propugna que el «superhombre» puede estar en todas partes pues el manantial del que se nutre su superioridad no es otro que el de una voluntad de hierro; en este sentido Rand está más cerca del planteamiento nacional-socialista, que del viejo reaccionarismo clasista de los Jünger, pues el fenómeno nazi conceptuó el sistema de clases aristocrático como algo contaminado y que debía ser superado.

Es la ambigüedad de los conceptos empleados por Rand, propios del liberalismo anglosajón los que mueven a confusión... ¿quién puede estar en contra del concepto de libertad? ¿quién puede defender la intromisión del estado, del poder, en la propia conciencia? Pero afirmar esa absoluta independencia en abstracto, olvidando la naturaleza social de los seres humanos, nos lleva a obviar el cómo nos podemos organizar social y políticamente con esos principios. El «dejemos a cada uno con su responsabilidad ante sus logros y fracasos» se vuelve sinónimo de aceptar como naturales las diferencias que se vuelven, y esto es lo grave, deficiencias de los otros, y los deficientes no tienen derecho a imponerse a los superiores. El liberalismo extremo de Ayn Rand lleva a un sistema de castas superiores e inferiores, a un modelo social de dominación aterrador, por mucho que la palabrería vacía, sea pasto de toda suerte de ingenuos o incautos. El protagonista de El manantial debe luchar contra una sociedad enferma por la dominación de los débiles a través del estado, pues sólo el estado y su capacidad de coacción pueden vencer a los poderosos por naturaleza y el estado es la creación demoniaca que altera el orden natural de las cosas. La cuestión es ¿cómo sería la sociedad al modo natural del superhombre, del ego imbatible? Sería una sociedad en la que la estructura social sería el reflejo natural de las deficiencias del carácter de cada cual, ocupando de forma natural la posición superior los que son dominadores por naturaleza y son capaces de controlar y someter su fuerza de voluntad. Estaríamos ante una sociedad de castas, como la que estaba en la mente de los ideólogos nazis, siendo

las diferencias con ellos bastante más superficiales de lo que pudiera parecer.

Para liberales y nazis el concepto de clase social es una abominación y el de casta coincidente. Clase se refiere a factores externos, objetivables, medibles, coyunturales, pero sobre todo alterables por la acción humana (el trabajo, la cultura, la política, la ley, el cambio social), lo que para nazis y liberales es «bolchevique».

La ilustración —y la izquierda que de ella surgió— consideró que los seres humanos no tienen naturaleza sino condición, y que la educación, la instrucción pública, es el camino para mejorar la condición humana. Tal concepción, unida a los derechos humanos universales, sociales y políticos y a la idea de ciudadanía, son la base del republicanismo clásico, es decir, algo a destruir por el liberalismo radical y el nazismo. El darwinismo social extremo es el punto de encuentro entre liberalismo y nazismo, por mucho que la propaganda dominante al servicio del capitalismo real pretenda enmascararlo. En esa tarea de intoxicación, la figura de Ayn Rand ha sido muy importante, y solamente la indigencia actual del pensamiento crítico y el dominio cuasitotal de los medios de comunicación por el pensamiento —digámoslo así— único neoliberal, puede explicar el retorno de obras y mensajes como el suyo. Una sociedad sometida a la postmodernidad y a la desestructura «creativa» del capitalismo moderno, desideologizada, con los valores de la Ilustración y de la izquierda derruidos, con un acoso continuo a toda forma socialmente vertebrada de cooperación y solidaridad, atomizada socialmente, deja a las personas inertes, indefensas y propensas a tragar como liberador o guía, discursos y palabrerías que dicen defenderles como individuos frente a las maquinaciones del estado, los políticos, los sindicalistas o los corruptos. Es esta la clave para entender este retorno de la autora de *El manantial*.

Ver difundidas viralmente por las redes sociales citas escogidas —y descontextualizadas— de Ayn Rand, la profusión creciente de los colores amarillo y negro del minarquismo y anarco.capitalismo, como símbolo de «rebeldía individual» frente a la «casta política», es un indicio claro de que los mismos poderes oligárquicos que apoyaron a Rand, combatieron al New Deal, al welfare state o al comunismo y a las ideas de democracia, los derechos sociales y políticos, izquierda, sindicatos y

fraternidad organizada y vertebrada socialmente frente al egoísmo y el darwinismo social nazi-liberal, son poderes crecientes hoy y dispuestos a una nueva cruzada para aplastar la herencia cultural y política de la Ilustración.

II. — Lo de que la democracia y el estado democrático unidos a la idea de bien común y servicio público son un peligro, una peste a combatir pues amenazan al sacrosanto «individuo», Buchanan, premio nobel de economía, es decir, propuesto por el Banco central de Suecia, lo teorizó perfectamente y dejó claro que los defensores del servicio público eran gente de la que desconfiar («celotas», por la vieja secta judía del antiguo testamento, era cómo denominaba a las personas con vocación de servicio público que sobrevivían en el seno de los estados como funcionarios públicos). Las privatizaciones no solo permiten ganar dinero a la elite, disminuyen el estado, liquidan a los funcionarios, y permite la erradicación del concepto de bien común y de sacrificio por los demás del imaginario de las gentes.

No os engañéis, para el liberalismo extremo, los an.cap o minarquistas, la humanidad no es más que un montón de ganado sacrificable a los intereses personales de quien por su poder, dinero o propiedades pueden permitírselo. Es lo que se oculta en la frasecita de «exigieron por encima de sus posibilidades». Una frase que oculta el horror de justificar la muerte de los que quieren, pese a todo, por millones cada día, en en todo el mundo, seguir viviendo, simplemente viviendo, «por encima de sus posibilidades», pues la alternativa es, para ellos, la muerte.

Ayn Rand fue una ensayista, una divulgadora de opiniones, algo más culta que la media, pero que sirvió de bufón a los poderosos, los halagó teorizando que su posición de poderosos y dominadores era moral y justa. No lo hizo por cinismo, sino por convicción, estaba embuída por completo de esa visión egocéntrica del derecho personal del sujeto que con voluntad firme y decidida, orgulloso, tiene derecho a prevalecer. Egocentrismo y orgullo, unidos a voluntad indoblegable, individualismo extremo, convierten toda su palabrería sobre la libertad individual en una excusa para justificar la dominación de los demás, por mucho que diga denunciarla. Ayn Rand hizo el guión base de El manantial, un espeluznante film de Hollywood que nos coge por sorpresa. Se cuenta la historia de un arquitecto orgulloso de su obra y su conflicto por el dominio y

el derecho sobre sus diseños y proyectos; las empresas con las que trabaja quieren transformar el proyecto inicial y él se resiste. La historia deriva rápidamente a zonas insospechadas, donde la personalidad egocéntrica, sin asomo alguno de empatía, sociopática, del protagonista se nos muestra como modelo del héroe. El desprecio por los trabajadores de la construcción que convirtieron el proyecto en realidad —son ignorados— es casi «olímpico», solo surge el duelo entre el genio personal que prefiere destruir su obra antes que verla transformada y el poder del dueño de la empresa que desea adaptarla sin preguntar al autor. Pero lo que podría ser una denuncia de la alienación del trabajador por la empresa capitalista, se convierte en otra cosa: no es el trabajo, es el «genio» personal, no es la alienación, sino la intromisión en la esfera del creador individual, no es la empresa, es el estado, pues en realidad se emplea a la empresa pero a quien se critica es al estado. El arquitecto hace estallar una bomba para arruinar la construcción y muere un trabajador. Su juicio se convierte en una apología de la libertad creadora, individual, de la «visión» del superhombre y su supuesto derecho a destruir su obra si le viene en gana a costa de lo que sea. No hay ni un sentimiento de solidaridad hacia la víctima, ni una referencia a que si la obra existe físicamente se debe al trabajo, la empresa coacciona al superhombre gracias al poder del estado y quien recibe la crítica es el estado, no la empresa, pues la empresa en cuestión es creación de otro superhombre —por encima de los «perdedores» simples mortales— y la cuestión deriva hacia un enfrentamiento entre individualidades. El estado, con sus leyes y abogados, es el enemigo, sofoca el resultado «natural» del choque de personalidades superiores, al poner la capacidad de coacción al servicio del más débil.

El manantial es una obra compleja, muy personal, con una carga ideológica brutal, en la que de forma explícita se aboga por el orgullo desmedido, el individualismo, el desprecio a los débiles, el odio al papel del estado en la defensa de los débiles que son además «inferiores». El título hace referencia al caudal de energía vital inagotable que hace posible el triunfo de los que son superiores por naturaleza, el manantial de voluntad que fluye imparable del ego del superhombre. Es un film para el que tenemos que acuñar algunos conceptos: es nazi, pero no solamente, es aristocratizan, pero no solamente, es liberal, pero no solamente, es minarquista, pero no solamente; es todas esas cosas. La dificultad para calificar el pensamiento de Ayn Rand se encuentra aquí muy bien ejemplificada. Si tomamos el nazismo y lo despojamos de su parte de colectivismo racial y de su hojarasca antiplutocrática —que es el concepto usado por el

nazismo—, podríamos calificar al liberalismo de Rand como nazi. En realidad una sociedad minarquista —con el estado mínimo— y con los valores de egoísmo creativo e individualismo extremo de Ayn Rand sería una sociedad de castas, donde los sujetos se agruparían de forma no ya «natural», sino animal, en grupos definidos por sus caracteres físicos y voluntad; esta estructuración social fruto de la supuesta diferencia genética —no cultural—, individual, donde hay seres superiores individualmente cuyas voluntades —el manantial— se imponen a los otros de forma natural, es una sociedad de castas. Los nazis escogieron la esvástica indoeuropea por razón del modelo de castas que regía en el viejo mundo indoario. Una sociedad sin estado, dominada por un sistema de castas donde los dominadores lo son de forma natural, por la fuerza de su voluntad, de su ser superior, sin estados decadentes que obliguen a los superiores a someterse al dictado de los débiles. Esta concepción es puramente nazi, y es un punto de encuentro con supuestos defensores de la «libertad individual» liberales como Ayn Rand.

La autora de *El manantial* nos recuerda a Ernst Jünger y su obra de entreguerras, *En los acantilados de mármol*, y otras— en los que este autor alemán refelja su aristocratizo, su visión aristocratizante, su desprecio por las masas amorfas, su idealización del héroe tradicional encumbrado de forma natural por los atributos personales y que le hacen merecedor de derechos exclusivos, los privilegios del héroe. Si Jünger es antinazi (formó parte de la resistencia de los oficiales prusianos a Hitler), no se debe a sus valores democráticos, sino más bien a lo contrario. Jünger desprecia a Hitler y al nazismo por puro clasismo, por su origen de clase. Los héroes tradicionales se ven amenazados por la jauría rabiosa de las SA y las SS que con su locura ciega arruinan el edificio tradicional del poder. Jünger fue pretendido por el NSDAP, —su obra *Tempestades de acero*, fue casi un libro de culto para una generación de alemanes humillados por Versalles—, el III Reich le quiso entre los suyos, pero si se resistió fue por desprecio de clase, no por repugnancia a los aspectos constitutivos del nazismo. Ayn Rand, desde su personal contexto cultural y social, el de una mujer rusa, exiliada en Estados Unidos, profundamente anticomunista, que desarrolla un credo personal basado en la afirmación sin límites del ego y en un desprecio profundo de cualquier intromisión ajena en su mundo personal, es una versión «liberal» del aristocratismo prusiano de Jünger. Es la ambigüedad de los conceptos empleados por Rand, propios del liberalismo anglosajón los que mueven a confusión... ¿quién puede estar en contra del concepto de libertad? ¿quién puede defender la intromisión del estado, del poder, en la propia

conciencia? Pero afirmar esa absoluta independencia en abstracto, olvidando la naturaleza social de los seres humanos, nos lleva a obviar el cómo nos podemos organizar social y políticamente con esos principios. El «dejemos a cada uno con su responsabilidad ante sus logros y fracasos» se vuelve sinónimo de aceptar como naturales las diferencias que se vuelven, y esto es lo grave, deficiencias de los otros, y los deficientes no tienen derecho a imponerse a los superiores. El liberalismo extremo de Ayn Rand lleva a un sistema de castas superiores e inferiores, a un modelo social de dominación aterrador, por mucho que la palabrería vacía, sea pasto de toda suerte de ingenuos o incautos.

El protagonista de *El manantial* debe luchar —en su planteamiento— contra una sociedad enferma por la dominación de los débiles a través del estado, pues sólo el estado y su capacidad de coacción pueden vencer a los poderosos por naturaleza y el estado es la creación demoniaca que altera el orden natural de las cosas. La cuestión es ¿cómo sería la sociedad al modo natural del superhombre, del ego imbatible? Sería una sociedad en la que la estructura social sería el reflejo natural de las deficiencias del carácter de cada cual, ocupando de forma natural la posición superior los que son dominadores por naturaleza y son capaces de controlar y someter su fuerza de voluntad. Estaríamos ante una sociedad de castas, como la que estaba en la mente de los ideólogos nazis, siendo las diferencias con ellos bastante más superficiales de lo que pudiera parecer. Para liberales y nazis el concepto de clase social es una abominación y el de casta coincidente. Clase se refiere a factores externos, objetivables, medibles, coyunturales, pero sobre todo alterables por la acción humana (el trabajo, la cultura, la política, la ley, el cambio social), lo que para nazis y liberales es «bolchevique». La ilustración —y la izquierda que de ella surgió— consideró que los seres humanos no tienen naturaleza sino condición, y que la educación, la instrucción pública, es el camino para mejorar la condición humana. Tal concepción, unida a los derechos humanos universales, sociales y políticos y a la idea de ciudadanía, son la base del republicanismo clásico, es decir, algo a destruir por el liberalismo radical y el nazismo.

El darwinismo social extremo es el punto de encuentro entre liberalismo y nazismo, por mucho que la propaganda dominante al servicio del capitalismo real pretenda enmascararlo. En esa tarea de intoxicación, la figura de Ayn Rand ha sido muy importante, y solamente la indigencia actual del pensamiento crítico y el dominio cuasitotal de los medios de comunicación por el pensamiento —digámoslo así— único

neoliberal, puede explicar el retorno de obras y mensajes como el suyo. Una sociedad sometida a la postmodernidad y a la desestructura «creativa» del capitalismo moderno, desideologizada, con los valores de la Ilustración y de la izquierda derruídos, con un acoso continuo a toda forma socialmente vertebrada de cooperación y solidaridad, atomizada socialmente, deja a las personas inertes, indefensas y propensas a tragar como liberador o guía, discursos y palabrerías que dicen defenderles como individuos frente a las maquinaciones del estado, los políticos, los sindicalistas o los corruptos. Es esta la clave para entender este retorno de la autora de *El manantial*.

No era ella poderosa por sí misma, ni pertenecía a la casta —aquí sí procede usar el término— superior, pero les admiraba y ellos la cooptaron y utilizaron. Nietzsche fue otra cosa, por la sencilla razón de que fue genial y su trabajo muy rico en lecturas, de hecho sólo una lectura forzada puede justificar el uso nazi de sus palabras, pero el caso de Rand es otra asunto, no es polisémica, es una legitimadora clara del individualismo extremo, del egoísmo absoluto como moral, prostituye la palabra libertad al extremo, es un horror. Es la libertad del fuerte, la libertad del poderoso, que no se puede sacrificar a la «tiranía» de las masas... lo que por cierto es defendido por Goebels en sus discursos, tiene una lectura nazi, como la tiene liberal. Lo que pasa es que el fascismo viene de los de de abajo —es la canalla vil, proletarios o burgueses de medio pelo que se embrutecieron en las trincheras, probaron la sangre y les transformó—, mientras que el liberalismo extremo es el fascismo de los poderosos que lo son ya antes, del aristocratismo oligárquico, de los que como los nazis, desprecian profundamente a los débiles, adoran a los fuertes y toman su posición de dominio social como la prueba del derecho a dictar su voluntad. No faltan entre los «liberales» quienes desde un origen trabajador tratan de asimilarse a los valores de la clase dirigente y aún la de prestarse a su servicio, cuando no creerse uno de ellos. La ideología se extiende sobre la base de ignorancia y alienación que cada día proliferan más.

El éxito del liberalismo extremo en este sentido se basa en esa posibilidad hipotética de que no importa el origen sino solamente los resultados económicos, pasando del arroyo a la elite supuestamente sin problemas, con el ascensor social engrasado por la destrucción de las «trabas» a la actividad económica. Los «emprendedores» con éxito pueden hacerse olvidar su origen humilde..., los demás son

«perdedores» y nada merecen. El darwinismo social es consustancial al liberalismo y la base de su modelo social. Si el liberalismo usa como adjetivo descalifican al nazismo se debe al hecho histórico de la guerra mundial que dejó claro ante el mundo la barbarie nazi, convirtiéndola en algo monstruoso para millones de personas, pero el liberalismo olvida el doble juego que la oligarquía anglosajona llevó a cabo con nazis y fascistas, que encarnaron para ellos una solución al peligro de la democracia y el comunismo. Fueron Roosevelt y Henry Wallace vicepresidente con Roosevelt y hoy olvidado y despreciado, quienes quizá mejor teorizaron sobre el peligro de tipo fascista que entrañaba el poder del capital, de la elite económica situada entre bastidores del sistema político y social norteamericano. La evolución del nazi-fascismo llevó a la guerra y obligó a la oligarquía anglosajona a defender su propio papel dominante en el contexto global, cuestionado por la deriva ideológica nazi y la parte que tuvo de autonomía propia. Hoy el liberalismo usa como insulto la palabra «fascista», y oculta sus complicidades pasadas. Lo que ocurre con el concepto de liberal y liberalismo en España es algo a considerar, pues las notas con las que aquí se caracteriza el liberalismo realmente existente (eso que ahora se llama neoliberalismo), parecen chocar una tradición cultural hispana en la que el concepto era claramente asociada a libertad de conciencia, tolerancia, respeto a las diferencias, etc. Esto es algo que está relacionado con nuestra propia historia, teñida de luchas por emancipar la conciencia individual, la sociedad y la política de la iglesia.

Liberalismo, que es palabra española, procede de libertad frente a intolerancia, de libertad frente a dominación teocrática y señorial, y estuvo unida a las luchas contra el Antiguo Régimen en el XIX. Pero el liberalismo que se enfrentó a la Iglesia, al absolutismo real y defendió la constitución y la nación frente a la Inquisición y el despotismo fue políticamente derrotado en sus variantes más radicales e insurreccionales (Riego, Torrijos) y muy pronto derivó, como en otros países, hacia una hibridación extraña con el viejo sistema de clases. El enfrentamiento entre liberales y absolutistas nunca tuvo en España un triunfo claro del liberalismo político y no logró plenamente la liquidación de todos los vestigios del antiguo régimen. En España, el liberalismo no fue el único obstáculo para el avance de los partidarios de un sistema plenamente democrático y socialmente avanzado, lo fue también la Iglesia y la reacción pura y dura; la alianza entre «liberal conservadores» y los sectores reaccionarios la encontramos en la constitución de 1876, que consagra el estado confesional. En los

atrasos y derrotas del liberalismo español, de su extrema debilidad, hay que encontrar el origen del actual carnaval que lleva a los hijos de los fascistas a proclamarse «liberales» y seguidores ciegos del «tea party», sin haber recalado nunca en las playas de los valores democráticos y republicanos. El republicanismo español clásico fue más deudor de la herencia jacobina revolucionaria, del ejemplo y martirio de Riego, de la vocación social de los regeneracionistas, del laicismo militante y del discurso ilustrado republicano que del liberalismo económico inglés. Es por eso que en España tenemos hoy liberales que volverían a fusilar a Riego, que abominan de la República y que se pliegan sectaria y fanáticamente a la barbarie neocon anglosajona, en la que sustituyen el componente sectario y retrogrado de las sectas protestantes norteamericanas por el cristo-capitalismo opusino, desarrollado y extendido en los años del Plan de Desarrollo nacido de los pactos con EE.UU en los años cincuenta.

Decir liberal español no es necesariamente una referencia culta y amable a Riego, Fernández de los Ríos o a Joaquín Costa, ya no lo es, sino también a franquistas reconvertidos, conversos al poder del imperio, que han tragado los dogmas de Hayeck y su secta como los capones de Villalba el maíz que los ceba. El que hoy se pretenda imponer a la Europa continental un modelo de democracia que no es más que el modelo de capitalismo anglosajón, no encuentra en España apenas resistencia entre nuestras elites, pues en nuestro país el aplastamiento de la República, el golpe, la guerra, los 35 años de dictadura y una transición basada en la impunidad han propiciado un entorno muy favorable para la nueva barbarie que avanza, pues aquí la izquierda realmente existente es particularmente débil, por no decir social-liberal y por tanto vendida, el republicanismo sigue proscrito y la única oposición parece radicar en las luchas de facción entre opusinos y neocon enfrentados con sectores procedentes del aparato de poder político (Rajoy).

El nazismo fue un epifenómeno concreto, una perversión salida de la herida monstruosa de las trincheras, pero el liberalismo de la Rand y compañía es la evolución del aristocratismo oligárquico de los que tienen el poder económico y político desde hace tiempo...; el capitalismo fue la perra preñada del que nació el monstruo, por emplear las palabras del poeta comunista alemán Bertold Brecht; una perra que sigue siendo fértil. La Rand fue una bufona en manos de esta gente, y sus palabras son usadas

según convenga.

Más peligroso que Ayn Rand fue el politólogo y sociólogo Strauss, verdadero muñidor de la ideología neoliberal como política aplicada, como adaptador a lo político de la paranoia de economistas como Hayeck y su secta.

Strauss, que venía huyendo del nazismo, fue profesor en centros universitarios de los hijos de la elite norteamericana y puso su conocimiento al servicio práctico del poder de la oligarquía, más allá de las pantallas externas del sistema político de turno, de la democracia. Strauss fue el apóstol de la razón cínica, en la que el poder es el principio y el fin, mantenerlo en las mismas manos de siempre el objetivo, y las masas simple ganado manipulable; una manipulación que en las sociedades «democráticas» permite el gobierno en la sombra, discreto, que convierte a los políticos en títeres, a la masa en algo moldeable gracias a los procesos sociales de la postmodernidad, los media, la atomización, la desideologización, etc.

Strauss y Ayn Rand fueron instrumentos en manos de la elite, se infamaron a sí mismos para ponerse al servicio del poder, de los poderes «reales», y ayudaron a construir el sistema ideológico que está detrás de esta crisis y que está llevándonos a la barbarie. Para ellos, los dos siglos transcurridos desde la revolución francesa son un peligro, la única forma de preservar el poder de la oligarquía es aniquilando hasta la raíz, los conceptos nacidos de la revolución, fraternidad, igualdad, república, revolución, nación, clases, lucha de clases, bien público, virtud ciudadana, sacrificio, derechos sociales..., todo lo que no sea individualismo extremo, egoísmo y pura dominación de los fuertes es algo decadente, peligroso, ominoso... Es la barbarie en estado puro, armada del dinero, la fuerza, pero también de la ciencia y la técnica prostituidas y puestas al servicio de la dominación.

Es por por todo esto por lo que le mantienen un odio cerval al comunismo, pues el comunismo es un compromiso sincero con la dignidad colectiva de los seres humanos al extremo de sacrificarse por los demás si es preciso, y un compromiso que nace de la lucidez y de la identificación con los débiles, los explotados y con todos aquellos que han sido aplastados durante la historia de horror de la humanidad. Odian al comunismo

por eso, por lo que tiene de hermoso, de solidario, de heredero de la tradición de la fraternidad republicana, no por los errores que hayan podido cometerse. No odian el fracaso el comunismo por sus supuestos errores, lo que temen y odian es su triunfo, el que la esperanza se mantenga viva en los corazones de millones aunque no sepan ponerle nombre. Para esta secta, el republicanism clásico es parte del mismo paquete a destruir, pues el republicanism no basa la libertad en las propiedades y el dinero sino en la universalidad de los derechos humanos, la igualdad esencial de los seres humanos

El liberalismo realmente existente, el que sin el menor sonrojo ha matado de hambre, agotamiento, enfermedad, o por la violencia y la explotación a millones y millones de personas, el que está dispuesto a sacrificar a la humanidad en el futuro al negarse a aceptar la terrible realidad del agotamiento de los recursos naturales, del petróleo, de la crisis ecológica global,

Para esta secta liberal fanática representada por los neocon, an.cap. o tea party, como quieran —pues es un engendro con varias ramas—, todo lo que no sean ellos y busque el bien común debe ser aniquilado, por eso todo lo que se les opone desde ideas de libertad, igualdad y fraternidad es «comunismo». La educación pública, la salud, las pensiones públicas, todos los derechos sociales sustentados con el trabajo y los impuestos de todos, asumidos por el estado democrático como una obligación moral y política, garantizados por ley, son para ellos un horror a destruir; como lo es una ciudadanía bien informada, educada, los trabajadores organizados, los sindicatos, cualquier manifestación social nacida de la cooperación y la solidaridad, donde la empatía y el sacrificio por los demás sean el motor principal son algo a ser destruido totalmente.

La ofensiva cultural que padecemos contra todo lo público, contra la idea misma de la política y los políticos, el linchamiento de los sindicatos y el sindicalismo, contra toda forma de organización colectiva, esa continua agresión y calumnia a la República, a la izquierda tienen su raíz en la batalla emprendida por los neoconservadores desde los años 60 del siglo XX. Surgidos en el interior mismo de la bestia en los años de la guerra fría, el neoconservadurismo nace de la reacción a los acomodados realistas de los

conservadores tradicionales. Los neocon surgen al margen de la política realista dominante en la postguerra. La gestión de la realidad exige a veces transigir con ella y llegar a acuerdos incluso con los enemigos, sobre todo si el enemigo tiene su propia cuota de poder y no puedes eliminarlo. Los neocon odiaban esas transacciones y su posición parasitaria del sistema de poder, replegados en las empresas, universidades, fundaciones, grupos de presión, en el lobby militar-empresarial y por entre las rendijas del aparato del estado, les permitió consolidar posiciones e influencia hasta que les fue posible pasar a primer plano, aunque una vez en él también hayan tenido que negociar con la realidad de las relaciones de fuerza.

Tras 1945, la guerra fría les dio un nuevo impulso a las luchas que desde la época de Roosevelt y el New Deal venían dándose y en las que la parte democrática ha ido retrocediendo hasta llegar al día de hoy. Luchas por el control del aparato del poder, pero sobre todo por la «dirección» ideológica del sistema. Esas luchas que marcan el ascenso de los neoliberales, su larga marcha hasta lograr determinar la dirección a seguir, es algo a estudiar en detalle. En ella, figuras o iconos como Ayn Ryand o referentes intelectuales como Strauss, tienen un papel destacado, pero no debemos olvidar que no fue otro que el de proporcionar pantallas, excusas, coartadas o filosofía barata para justificar el horror que representa el liberalismo real.

III. — Texto del alegato final en «El manantial».

«Miles de años atrás, un gran hombre descubrió cómo hacer fuego. Probablemente fue quemado en la misma estaca que había enseñado a encender a sus hermanos. Seguramente se le considero un maldito que había pactado con el demonio. Pero, desde entonces, los hombres tuvieron fuego para calentarse, para cocinar, para iluminar sus cuevas. Les dejó un legado inconcebible para ellos y alejó la oscuridad de la Tierra. Siglos más tarde un gran hombre inventó la rueda. Probablemente fue atormentado en el mismo aparato que había enseñado a construir a sus hermanos. Seguramente se le consideró un trasgresor que se había aventurado por territorios prohibidos. Pero desde entonces los hombres pudieron viajar más allá de cualquier horizonte. Les dejó un legado inconcebible para ellos y abrió los caminos del mundo.»

Ese gran hombre, el rebelde, está en el primer capítulo de cada leyenda que la humanidad ha registrado desde sus comienzos. Prometeo fue encadenado a una roca y allí devorado por los buitres, porque robó el fuego a los dioses. Adán fue condenado al sufrimiento porque comió del fruto del árbol del conocimiento. Cualquiera sea la leyenda, en alguna parte en las sombras de su memoria, la humanidad sabe que su gloria comenzó con un gran hombre y que ese héroe pagó por su valentía.

A lo largo de los siglos ha habido hombres que han dado pasos en caminos nuevos sin más armas que su propia visión. Sus fines diferían, pero todos ellos tenían esto en común: su paso fue el primero, su camino fue nuevo, su visión fue trascendente y la respuesta recibida fue el odio. Los grandes creadores, pensadores, artistas, científicos, inventores, enfrentaron solos a los hombres de su época. Todo nuevo pensamiento fue rechazado. Toda nueva invención fue rechazada. Toda gran invención fue condenada. El primer motor fue considerado absurdo. El avión imposible. El telar mecánico, un mal. A la anestesia se la juzgó pecaminosa. Sin embargo, los visionarios siguieron adelante. Lucharon, sufrieron y pagaron por su grandeza. Pero vencieron.

Ningún creador estuvo impulsado por el deseo de servir a sus hermanos, porque sus hermanos rechazaron siempre el regalo que les ofrecía, ya que ese regalo destruía la rutina perezosa de sus vidas. Su único móvil fue su verdad. Su propia verdad y su propio trabajo para concretarla a su manera: una sinfonía, un libro, una máquina, una filosofía, un aeroplano o un edificio; eso era su meta y su vida. No aquellos que escuchaban, leían, trabajaban, creían, volaban o habitaban lo que él realizaba. La creación, no sus usuarios. La creación, no los beneficios que otros recibían de ella. La creación que daba forma a su verdad. Él sostuvo su verdad por encima de todo y contra todos.

Su visión, su fuerza, su valor, provenían de su espíritu. El espíritu de un hombre es, sin embargo, su ego, esa entidad que constituye su conciencia. Pensar, sentir, juzgar, obrar son funciones del ego. Los creadores no son altruistas. Ese es todo el secreto de su poder. Son autosuficientes, auto inspirados, auto generados. Una causa primigenia, una fuente de energía, una fuerza vital, un primer motor original. El creador no atiende a nada ni a nadie. Vive para sí mismo. Y solamente viviendo para sí mismo, el creador

ha sido capaz de realizar esas cosas que son la gloria de la humanidad. Tal es la naturaleza de la creación.

El hombre no puede sobrevivir, salvo mediante su propia mente. Llega desarmado a la Tierra. Su cerebro es su única arma. Los animales obtienen el alimento por la fuerza. El hombre no tiene garras, ni colmillos, ni cuernos, ni gran fuerza muscular. Debe cultivar su alimento o cazarlo. Para cultivar, necesita un proceso de su pensamiento. Para cazar, necesita armas y para hacer armas necesita de un proceso de pensamiento. Desde la necesidad más simple hasta la más alta abstracción religiosa, desde la rueda hasta el rascacielos, todo lo que somos y todo lo que tenemos procede de un solo atributo del hombre: la función de su mente razonadora.

Pero la mente es una propiedad individual. No existe tal cosa como un cerebro colectivo. No hay tal cosa como un pensamiento colectivo. Un acuerdo realizado por un grupo de hombres es sólo una negociación de principios o un promedio de muchos pensamientos individuales. Es una consecuencia secundaria. El acto primordial, el proceso de la razón, debe ser realizado por cada persona. Podemos dividir una comida entre muchos, pero no podemos digerirla con un estómago colectivo. Nadie puede usar sus pulmones para respirar por otro. Nadie puede usar su cerebro para pensar por otro. Todas las funciones del cuerpo y del espíritu son personales. No pueden ser compartidas ni transferidas. Heredamos los productos del pensamiento de otros. Heredamos la rueda. Hicimos un carro. El carro se transformó en automóvil. El automóvil ha llegado a ser un avión.

Pero a lo largo del proceso, aquello que recibimos de los demás es el producto final de su pensamiento. La fuerza que lo impulsa es la facultad creativa que toma ese producto como un material, lo usa y origina el siguiente paso. Esta facultad creativa no puede ser dada ni recibida, compartida, ni concedida en préstamo. Pertenece a un ser único y singular. Aquello que se crea es propiedad de su creador. Las personas aprenden una de otra, pero todo aprendizaje es solamente un intercambio de material. Nadie puede darle a otro la capacidad de pensar. Sin embargo, esa capacidad es nuestro único medio de supervivencia.

Nada nos es dado en la Tierra. Todo lo que necesitamos debe ser producido. Y aquí el ser humano afronta su alternativa básica, la de que puede sobrevivir en sólo una de dos formas: por el trabajo autónomo de su propia mente, o como un parásito alimentado por las mentes de los demás. El creador es original. El parásito es dependiente. El creador enfrenta la naturaleza a solas. El parásito enfrenta la naturaleza a través de un intermediario.

El interés del creador es conquistar la naturaleza. El interés del parásito es conquistar a los hombres. El creador vive para su trabajo. No necesita de otros hombres. Su fin esencial está en sí mismo. El parásito vive de otros. Necesita de los demás. Los demás se convierten en su motivo principal. La necesidad básica del creador es la independencia. La mente que razona no puede trabajar bajo ninguna forma de coerción. No puede ser sometida, sacrificada o subordinada a ninguna consideración, cualquiera sea esta. Exige una independencia total en su función y en su móvil. Para un creador todas las relaciones con los hombres son secundarias.

La necesidad básica del parásito es asegurar sus vínculos con los hombres para que lo alimenten. Coloca las relaciones en primer lugar. Declara que el hombre existe para servir a los demás. Predica el altruismo. El altruismo es la doctrina que exige que el hombre viva para los demás y coloque a los otros sobre sí mismo. Pero nadie puede vivir para otro. No puede compartir su espíritu, como no puede compartir su cuerpo. El parásito se vale del altruismo como arma de explotación e invierte los principios morales del género humano. Les enseña a los hombres preceptos para destruir al creativo. Les enseña que la dependencia es una virtud.

Quien intenta vivir para los demás es un dependiente. Es un parásito en su motivación y hace parásitos a quienes sirve. La relación no produce más que una mutua corrupción. Es imposible conceptualmente. Lo que más se aproxima a ello en la realidad –el hombre que vive para servir a otros– es el esclavo. Si la esclavitud física es repulsiva, ¿cuánto más repulsivo es el servilismo del espíritu? El esclavo conquistado tiene un vestigio de honor, tiene el mérito de haber resistido y de considerar que su

condición es mala. Pero aquel que se esclaviza voluntariamente, en nombre del amor, es la más baja de las criaturas. Degrada la dignidad humana y degrada el concepto de amor. Esta es la esencia del altruismo.

A los hombres se les ha enseñado que la virtud más alta no es crear, sino dar. Sin embargo, no se puede dar lo que no ha sido creado. La creación es anterior a la distribución, pues, de lo contrario, no habría nada que distribuir. La necesidad de un creador es previa a la de un beneficiario. No obstante, se nos ha enseñado a admirar al parásito que distribuye como regalos lo que no ha producido. Elogiamos un acto de caridad. Nos encogemos de hombros ante un acto de realización.

Se nos ha enseñado que la primera preocupación debe consistir en aliviar el sufrimiento de los demás. Pero el sufrimiento es una enfermedad. Si uno se la encuentra, intenta dar consuelo y asistencia. Hacer de eso el más alto testimonio de virtud es considerar al sufrimiento como lo más importante de la vida. Entonces el hombre debe desear ver sufrir a los demás para poder ser virtuoso. Tal es la naturaleza del altruismo. El creador no tiene interés en la enfermedad, sino en la vida. Sin embargo, la obra de los creadores ha eliminado una enfermedad tras otra, en el cuerpo y en el espíritu humanos, y ha producido más alivio para el sufrimiento que lo que cualquier altruista pueda jamás concebir. Se nos ha enseñado que es una virtud estar de acuerdo con los otros. Mas el creador es alguien que disiente. Se nos ha enseñado que es una virtud nadar con la corriente. Pero el creador nada contra la corriente. Se nos ha enseñado que estar juntos constituye una virtud. Pero el creador está solo. Se nos ha enseñado que el ego es sinónimo de mal y el altruismo el ideal de la virtud. Pero mientras el creador es egoísta e inteligente, el altruista es un imbécil que no piensa, no siente, no juzga, no actúa. Esas son funciones del ego.

En esto la reversión de los valores básicos es más mortífera. Toda virtud ha sido pervertida y al hombre no se le ha dejado libertad alguna. Como polos del bien y del mal, se le ofrecieron dos concepciones: altruismo y egoísmo. El altruismo se define como el sacrificio del yo por los otros. El egoísmo, como el sacrificio de los otros por el yo..... Esto ató al hombre irrevocablemente a otros hombres y no le dejó más que una

elección de dolor: su propio dolor en aras del bien de los demás, o el dolor de los demás en aras de su propio bien. Cuando se agregó la monstruosa idea de que el hombre debe encontrar felicidad en el sacrificio, la trampa quedó sellada. El hombre se vio forzado a aceptar el masoquismo como su ideal, con el sadismo como alternativa. Este es el fraude más terrible que se ha perpetrado en contra de la humanidad. Este es el sacrificio por el cual la dependencia y el sufrimiento se perpetuaron como los fundamentos de la vida.

No se trata de elegir entre el auto sacrificio y dominación, sino entre independencia y dependencia. El código del creador o el código del parásito. Esta es la cuestión básica, cuestión que descansa sobre la opción de la vida o la muerte. El código del creador está construido sobre las necesidades de la mente que razona y que permite al hombre sobrevivir. El código del parásito está construido sobre las necesidades de una mente incapaz de sobrevivir. Todo lo que procede del ego independiente es bueno. Todo lo que procede del parásito dependiente es malo.

El verdadero egoísta no es quien sacrifica a los demás. Es el que no tiene necesidad de usar a los demás de ninguna forma. No obra por medio de ellos. No está interesado en ellos en ningún aspecto fundamental. Ni en su objeto, ni es su móvil, ni en su pensamiento, ni en su deseo, ni en la fuente de su energía. El verdadero egoísta no vive para ninguna otra persona y no le pide a nadie que viva para él. Esta es la única forma de fraternidad y de respeto mutuo posible entre los seres humanos. Los grados de capacidad varían, pero el principio básico es siempre el mismo: la medida de la independencia de alguien, su iniciativa y su amor por su trabajo determinan su talento y su valor. La independencia es la regla para evaluar la virtud y el valor humano. Lo que vale es lo que el hombre es y hace de sí mismo, no lo que haya o no haya hecho por los demás. No hay sustitutos para la dignidad personal. No hay más parámetro de la dignidad personal que la independencia.

En las relaciones adecuadas no hay sacrificio de nadie hacia nadie. Un arquitecto necesita clientes, pero no subordina su obra a los deseos de ellos. Ellos lo necesitan, pero no le encargan una casa sólo para darle trabajo. Las personas comercian por libre y mutuo consentimiento, y en beneficio mutuo, cuando sus intereses coinciden y ambos

desean el intercambio. Si alguno no lo desea, no está obligado a tratar con el otro, entonces ambos siguen buscando. Esta es la única forma posible de relación entre iguales. Cualquier otra es una relación de esclavo y amo, de víctima y verdugo.

Ningún trabajo se hace colectivamente por la decisión de una mayoría. Todo trabajo creativo se realiza bajo la guía de un único pensamiento individual. Un arquitecto necesita muchos hombres para levantar un edificio, pero no les pide que sometan a votación su diseño. Trabajan juntos por libre acuerdo y cada uno es libre en su función respectiva. Un arquitecto emplea acero, cristal y cemento que otros han producido. Pero esos materiales siguen siendo sólo acero, cristal y cemento hasta que él los utiliza. Lo que él hace con ellos es su producto y su propiedad como individuo. Esta es la única forma de cooperación entre los hombres.

El primer derecho en la Tierra es el derecho al ego. El primer deber del hombre es para consigo mismo. Su ley moral consiste en nunca hacer de los demás su objetivo principal. Su obligación moral es hacer lo que él desee, siempre que su deseo no dependa primordialmente de los demás. Esto incluye las acciones del creador, el pensador y el verdadero trabajador. Pero no incluye las del gángster, el altruista y el dictador.

Una persona piensa y trabaja sola. Pero no puede robar, explotar ni gobernar sola. El robo, la explotación y el gobierno presuponen la existencia de víctimas. Implican dependencia. Corresponden a la jurisdicción del parásito.

Los que gobiernan no son egoístas. No crean nada. Existen, enteramente, a través de los demás. Su fin está en sus súbditos, en la actividad de esclavizar. Son tan dependientes como el mendigo, el trabajador social o el bandido. La forma de dependencia carece de importancia. Pero se nos ha enseñado a considerar a los parásitos, tiranos, emperadores y dictadores, como los exponentes del egoísmo. Mediante este fraude fuimos obligados a destruir al ego, a nosotros mismos y a los demás. El propósito del fraude fue destruir a los creadores, o someterlos, que es lo

mismo. Desde el principio de la historia, los dos antagonistas han estado frente a frente: el creador y el parásito. Cuando el antiguo creador inventó la rueda, el antiguo parásito respondió inventando el altruismo.

El creador, negado, combatido, perseguido, explotado, continuó, siguió adelante y guió a toda la humanidad con su energía. El parásito no contribuyó en nada, más allá de los obstáculos. La contienda tiene otro nombre: lo individual contra lo colectivo.

El bien común de una colectividad, una raza, una clase, un Estado, ha sido la pretensión y la justificación de toda tiranía que se haya establecido sobre los hombres. Los mayores horrores de la historia han sido cometidos en nombre de móviles altruistas. ¿Acaso alguna vez algún acto de generosidad altruista ha igualado a todas las carnicerías perpetradas por los discípulos del altruismo? ¿El defecto reside en la hipocresía humana, o en la naturaleza del principio? Los carniceros más terribles han sido los más sinceros. Creían en la sociedad perfecta alcanzada mediante la guillotina y el pelotón de fusilamiento. Nadie cuestionó su derecho a asesinar, porque asesinaban con un propósito altruista. Se aceptó que el hombre debe ser sacrificado por otros hombres. Cambian los actores, pero el curso de la tragedia se mantiene idéntico: un humanitario que empieza con declaraciones de amor hacia la humanidad y termina con un mar de sangre. Continúa y continuará mientras los hombres creen que una acción es buena si no es egoísta. Eso permite que el altruista actúe y obliga a su víctima a soportarlo. Los líderes de los movimientos colectivistas no piden nada para sí mismos pero miren los resultados.

El único bien que los hombres pueden darse recíprocamente y la única declaración de su correcta relación es: ¡Déjenme en paz!».

Bibliografía

COTARELO, R., (2004) *Literatura y política : la obra de Ayn Rand*, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED, Alzira-Valencia.

GENTILE, E., (2004) *Fascismo: historia e interpretación*, Alianza Editorial,

Madrid.

RAND, A., (2004) *El manantial*, Aguilar, Madrid, 2004; (1961), *For the new intellectual: the philosophy of Ayn Rand*, Random House, New York; —, (1993) *La vertu d'égoïsme*, Paris, Les Belles Lettres.

STONOR SAUNDERS, F., (2001) *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid.

STRAUSS, L., (1961) *Meditación sobre Maquiavelo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid; — y PANGLE, T. [ed] (1989) *The Rebirth of classical political rationalism: an introduction to the thought of Leo Strauss : essays and lectures*, University of Chicago Press, London.